

BAQUERO Y VIRGILIO: OTRA LECCION DE HUMANITAS

DON Mariano conocía bien y amaba por eso a los clásicos. Este conocimiento y amor se descubrfa a todas luces, amén de en sus escritos, en sus clases de literatura, como tuvimos la suerte de apreciar quienes nos enorgullecemos de haber sido sus alumnos, y en las que siempre ocupó lugar preeminente Virgilio. Pero lo igualmente claro es que su vida y su obra rezumaban de lo que podemos considerar una de las creaciones más significativas y trascendentales del mundo clásico y que es el concepto de *humanitas*, que se vino fraguando desde la Grecia arcaica hasta el mundo romano; porque si el hombre para el griego clásico era *logos*, el profesor Baquero era un ejemplo eximio de ello, y si era «creatividad», ahí está su obra, pero si el humanismo es consubstancial con la «humildad» y «solidaridad» (1), nadie que lo conociera puede poner en duda que estas virtudes las tenía en sumo grado.

Y nos vamos a ocupar en esta breve glosa en destacar algo íntimamente relacionado con el clasicismo, como es el amor a lo bello, el equilibrio, el amor a la literatura y a la cultura, uno de cuyos frutos inmediatos es la pasión por la lectura; el hombre que fue aparecerá de nuevo al comprobar qué movfa el alma de D. Mariano, en qué se detenía su mente y su pluma, cuando le acompañemos de cerca en su hermosa y magistral lección inaugural del *Simposio Virgiliano* (2), celebrado en Murcia en mayo de 1982, que llenó a rebosar el Paraninfo de nuestra Universidad de

(1) Sobre ésto puede verse *El concepto del hombre en la antigua Grecia* (M. F. Galiano, F. Rodríguez Adrados, J. S. Lasso de la Vega), Madrid, 1955.

(2) «Virgilio personaje literario» en *Simposio Virgiliano* Conmemorativo del Bimilenario de la muerte de Virgilio, Universidad de Murcia, 1984, pp. 9-25.



alumnos y ex-alumnos suyos que se congregaron para escuchar —desgraciadamente por última vez— sus palabras y aprender de él.

En estas páginas no me detendré apenas en subrayar la erudición, las valiosas aportaciones, sus juicios críticos agudos y acertados, sino en otras facetas que el discurso tuvo y que considero eran capitales para el autor.

Se centró la lección en presentar un Virgilio devenido personaje literario, en la acepción muy específica de criatura ficcional, como un Macías en los *Infiernos de enamorados*, Shakespeare en *Un drama nuevo* de Tamayo y Baus o Goethe en *Carlota en Weimar* de Thomas Mann, como muy bien puso de relieve; y su magnífico conocimiento de la literatura, su perspicaz juicio crítico y su peculiar modo de ser y sentir se mostró patente en la elección de obras y pasajes, que fueron desde la presencia de Virgilio —como profeta— en un sermón atribuido apócrifamente a San Agustín y que pasó a ser utilizado en el Oficio de Maitines, y del que derivó en el teatro litúrgico medieval la famosa pieza conocida como *Ordo Prophetarum* o *Procesión de los profetas*, o en *El Perseo* de Lope de Vega, a la otra imagen, la de mago, sabidor y encantador, con la que aparece en el siglo XIV en *El Libro del Buen Amor*, sabidor burlado y afrentado por las mujeres como lo sigue siendo en el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera.

Pasaba luego al Virgilio de la *Divina Comedia* que marca, afirmaba, un vivo contraste, obra en la que ponía de relieve el Profesor Baquero «el muy cálido acento humano del autor de la *Eneida*». Y hay que detenerse un poco, pues creo que aquí debo destacar esa personal, peculiar y profundamente humana lectura de Dante; transcribo un largo párrafo:

«Por más que en el grandioso poema, Virgilio funcione como una especie de alegoría combinable y contrastable con la que supone Beatriz, habría que reconocer que el simbolismo dantesco no ha despojado de muy cálido acento humano al autor de la *Eneida*. Este podrá ser —y precisamente como cantor de las glorias de Roma— una imagen del poder imperial, acorde con las ideas expuestas por Dante en *De Monarchia*, o incluso una alegoría de la Razón, enfrenteable a la de Beatriz como emblema de la Teología. Todo esto podrá ser así, pero al mismo tiempo el Virgilio de Dante es un personaje tremendamente humano, cuyo comportamiento, a lo largo de los Cantos del Infierno y del Purgatorio, permite al poeta florentino presentar a un Virgilio que es algo, bastante más que el profeta, el mago o sabidor de otros textos medievales como los antes recordados, aunque alguno de esos papeles no le sea ajena ahora.

Poéticamente considerado, puede que lo más conmovedor del Virgilio dantesco resida en su actitud afectiva frente a Dante, como guía, mentor, protector y casi padre».



Se deduce, pues, de ésto que es la humanidad de Virgilio lo que más apreciaba.

Aunque no puede pasar revista a los matices y tonos de esas actitudes virgilianas a lo largo de toda la *Divina Comedia*, la elección de algunas de ellas revela esa «lectura» de corazón a corazón, ese encontrarse en el personaje, pues selecciona textos en los que aparecen una serie de virtudes que Dante reconoce y proclamaba de Virgilio y que eran las de nuestro querido profesor, a saber, sabiduría, magnanimidad, piedad, cortesía (3).

Se detiene especialmente en la afectiva relación entre Virgilio y Dante que se configura en alguna ocasión como actitud protectora, casi maternal, por parte del poeta latino frente al toscano (4).

En esta selección de pasajes ha prescindido, como dice, de otros en los que se alude a la turbación o ira de Virgilio, sus actitudes pensativas, su encuentro con Eustacio, su condición de autor de la *Eneida*, porque ha preferido «limitarse al único punto de su *intensa relación afectiva* con Dante, por entender que justamente tal rasgo hacía del poeta latino algo más que el hierático figurón de otros textos». «El Virgilio dantesco», continúa, «es un ser capaz de palidecer, airarse, reprender, esforzarse, compadecerse». El Virgilio que a él le conmovía era el Virgilio humano y de todas las características o condiciones del hombre, la más humana de todas que es la del *afecto*.

Preocupado y consintiendo con ese Virgilio humano, sin duda también consciente de que en el acercamiento al mundo clásico es la *humanitas* lo máspreciado, pasa al Virgilio de Hermann Broch siendo estas sus palabras: «Pienso que para volver a encontrar un Virgilio tan poderosamente humano como el de Dante habría que dar un enorme salto en el tiempo, y llegar ya a nuestro siglo, a 1941, fecha de *La muerte de Virgilio*, gran novela del escritor austríaco Hermann Broch».

Si, como él mismo recoge, Thomas Mann la juzgó, más que novela, extraordinario poema en prosa, una acertadísima precisión añade el Profesor Baquero, «una prosa que se diría contagiada del quehacer poético propio del personaje evocado, Virgilio, y que frecuentemente se resuelve en casi versículos de una poderosa musicalidad».

En Dante se detenía en el afecto humano de Virgilio; otros aspectos distintos pero igualmente humanos estimaría en el de H. Broch. De la novela realiza un breve pero fino y agudo juicio, aunque más que lo específicamente literario le interesa el hombre que en el personaje subyace, devenido símbolo de lo mejor de lo humano; por eso concluía: «a través de todo eso (el monólogo interior de cuyas características acababa de hablar), Broch nos va presentando a un Virgilio que sin dejar de

(3) *Ib.* pp. 16 s.

(4) *Ib.* pp. 18 s.



ser, por lo preciso de los datos, el poeta latino que vivió y escribió con tal nombre, asciende a la categoría de casi un símbolo del poeta, del creador, de ese padre de Occidente, de ese gran intelectual, de ese poderoso espíritu con el que, generación tras generación, se ha venido identificando al autor de la *Eneida*.

No deja de resaltar que en esta obra juega un papel importante la Eneida, pero pronto, de nuevo, volverá a lo humano, deteniéndose su mente en la «muy larga meditación (de Virgilio) sobre la belleza, el arte, la poesía y la soledad del artista».

En la novela hay motivos recurrentes y son muy bien vistos y sobre todo apreciados, como el amor a la paz, a la vida sencilla del campesino y frases como las elegidas: *el campesino ama la paz y ama a aquel que trae la paz. El campesino te ama* (Virgilio habla al César) *como el «hombre» que eres. Y los campesinos son el verdadero pueblo, o esta otra en la que se dice que Virgilio insatisfecho de cualquier carrera, había desistido de cada una... ante sus ojos había estado siempre la exigente, la irrealizable imagen del conocimiento de la muerte y ninguna profesión podía hacer justicia a esa imagen porque no hay ninguna que no esté exclusivamente sometida al conocimiento de la vida, ninguna con excepción de aquella única a la que se había vuelto finalmente y que se llama poesía, la más rara de todas las actividades humanas, la única que sirve para el conocimiento de la muerte*, frases, pasajes clave, en la estructura y sentido de la obra de Broch, son frases clave en el ser y sentir de D. Mariano, porque la vida, amor a la vida sencilla, y la muerte, deseo profundo de conocer su esencia, son rasgos preciosos del ser que vive la mejor de las vidas.

No puedo menos que transcribir parte de lo que dice a propósito de un pasaje ofrecido de *La muerte de Virgilio*, que ilustra el que Plocia es un «motivo recurrente a lo largo de toda la obra susceptible de reaparecer en momentos bien significativos», y que ilustra a su vez su propio sentir:

y con el cielo, la estrella, la sombra, el animal y la planta, se tornó doble unión con Plocia en conocer y conocerse por la doble visión interior: y como alma, animal, y planta se reflejaban mutuamente, totalidad en totalidad, fondo esencial en fondo esencial, y él mismo estaba reflejado en el fondo de oscuridad de Plocia, reconoció en ella al niño y a la madre, se reconoció a sí mismo refugiado en la sonrisa materna, reconoció al padre y al hijo no nacido, reconoció a Lisantias en Plocia, y Lisantias era él mismo; reconoció al esclavo en Lisantias, y el esclavo era él mismo; reconoció al tataranieto y al tatarabuelo en el cierre del anillo que desde la mano de Plocia había subido al cielo, arrastrando consigo el origen de la irradiación, y reconoció en eso la fusión del todo más allá del destino, la alumbrante fusión de las capas de la esencia y de los miembros de la esencia, reconoció el unitario ser del fondo del ser, que era el suyo más propio y, sin embargo, no solamente el suyo, sino también el del alma de Plocia.



«Los personajes evocados por Virgilio» destacaba, «parecen fundirse en uno solo, incluido el propio Virgilio», aludiendo después con perspicuos ejemplos a «ese a la vez extraño y normal proceso por virtud del cual otras vidas se incorporan a la nuestra, a través del testimonio dado por escritores del presente y del pasado». Y concluía, «Virgilio, convertido en personaje literario, como el profeta de los misterios medievales, el mago escarnecido por las mujeres y vengador de sus engaños, como sabio, nuevo Orfeo, guía de la humanidad personificada en Dante, es, tal vez, el más alto y emocionante ejemplo de ese fenómeno de transmutación vital, como algo ligado ya para siempre a nuestra imagen de lo que entendemos por cultura y vida del espíritu».

De este párrafo deriva, pues, algo que el Profesor apreciaba y vivía en la literatura; la obra literaria es un ente vivo y vivos siguen estando los escritores y sus criaturas de ficción; y sus vidas influyen en otras vidas y en la literatura se van acumulando gérmenes fecundos que darán vida a otras obras, o vivirán en ellas; y la «cultura» que es inherente con el conocimiento y aprehensión del pasado, en la literatura es capital.

Pero él, lo expresaba con más justeza, puesto que D. Mariano vivió e hizo vida de su vida, profundamente humana y humanizada, la literatura, como una vez más se demostró en su *Virgilio personaje literario*, sirviéndome del cual he dejado que nos hablara de nuevo, desde la verdad de su ser, nuestro querido y llorado maestro.

